

El adivino

Serguei es del paisaje ramblero. Nadie sabe cuándo llegó. Con más de noventa, tal vez ni él lo recuerde. Piriápolis tampoco registra la instalación de su mesa sanadora y sosegadora de almas.

Con un celeste de santidad en sus ojos, ha derramado sobre generaciones los dictámenes del tarot, buzios, cartas, manos. Hoy, la cartulina del tordillo empañó su mirada celeste: apareció su padre, caído bajo metralla y su cabalgadura con nieve hasta los ijares, en el sitio de Stalingrado. Pesados y lapidarios, sus párpados cayeron; la embarazada en consulta no pudo o no quiso preguntar.